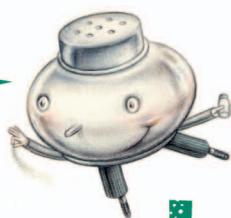


Ana Alonso

La biblioteca del sultán

Ilustraciones
de Lucía Bande

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012
© De las ilustraciones: Lucía Bande, 2012
© De las fotografías de cubierta: Getty Images; 123RF
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2950-1
Depósito legal: M. 4080/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La biblioteca del sultán

Ilustraciones
de Lucía Bande



ANAYA

CAPÍTULO 1



Akbar, el poderoso sultán del reino de Bahar, se levantó aquella mañana del mes de marzo y lo primero que hizo fue abrir la jaula de oro de sus dos colibríes.

—¡Volad, amigos! —dijo con su vocecilla aguda y aflautada—. Hoy tengo un mal día. Solo los colores de vuestras alas podrán alegrarme el corazón.

Y es que Akbar, el sultán, había tenido esa noche una terrible pesadilla: estaba en su biblioteca, y un genio malvado de color verde oliva flotaba en el aire justo por encima de su cabeza, amenazándole con el dedo.

—¡Es una vergüenza que alguien tenga todos estos libros en su palacio y no haga nada con ellos! —había dicho el genio—. ¡Con el saber que se encierra en estos libros, podrían arreglarse casi todos los problemas de tu reino! Tienes que leerlos todos, Akbar.

—¡Pero si hay diez mil!



—Pues es igual. Quiero que te los leas todos, y tiene que ser esta misma noche. Si al amanecer no has cumplido mi orden, te convertiré en un mandril.

Aquella pesadilla había impresionado mucho al pobre sultán. No por lo del mandril (aunque eso también, porque una vez había visto a uno de esos primates en el zoo y le había parecido bastante feo). Le había impresionado, sobre todo, porque en el fondo Akbar estaba convencido de que el genio de color verde tenía un poco de razón. ¿Para qué le servían todos aquellos libros almacenados en su biblioteca, si nadie los leía?

Bueno, él leía algún libro sobre colibríes de vez en cuando. Y también algunas colecciones de microcuentos (le encantaban los cuentos de una o dos líneas). Además, su hija Lía también aprovechaba bastante la biblioteca, porque le encantaba leer toda clase de historias de aventuras. Pero Akbar sabía que eso no era suficiente. Todos los habitantes del reino de Bahar debían beneficiarse de la sabiduría almacenada en aquellos libros. Sin embargo, no podía repartirlos, porque Bahar tenía más de cien mil habitantes, y en la biblioteca no había libros para todos.

Uno de sus colibríes, que tenía las alas azules y rosas, se posó en el bonsái más cercano del jardín y batió alegremente las alas. El sultán sonrió al verlo. Por un momento, consiguió olvidarse de sus problemas.

Su jardín de árboles enanos siempre conseguía tranquilizarle, porque allí todo parecía hecho a su medida.

Y es que al sultán Akbar, que era muy bajito, le ponían nervioso las cosas demasiado grandes o demasiado complicadas; por ejemplo, su propio palacio, con sus trescientas cúpulas de azulejos verdes y azules, y sus cuatrocientas torres de oro y plata. Era tan inmenso, que por las noches le daba miedo recorrerlo. Por no hablar del Gran Bosque Imperial, con sus quinientos mil árboles de todas las especies y tamaños... ¡Solo de pensar en él, se mareaba!

Sus súbditos hacían bromas con aquellos temores suyos hacia todos los objetos y lugares de gran tamaño. Le llamaban «Akbar, el pequeño», y ese nombre, en sí mismo, ya era un chiste, porque Akbar, en lengua persa, significa «grande».

Sin embargo, el sultán no se enfadaba con ellos por hacer esas bromas, porque era un hombre de muy buen carácter. Además, para olvidarse de sus fobias tenía sus bonsáis, sus colibríes y a su hija Lía, que siempre le hacía reír con sus chistes.

Cuando le contara a Lía su problema, seguro que a ella se le ocurriría alguna idea para solucionarlo...

Akbar intentó sacudirse la preocupación, se despidió con un silbido muy suave de sus dos colibríes y se fue derecho a la cocina, a prepararse el desayuno.





Estaba metiendo una minitostada en su minitostadora de acero inoxidable, cuando justamente vio aparecer a Lía en la puerta.

—Buenos días, papá. ¡Me sé un chiste nuevo! Mira, es sobre un hombre que se encuentra con una vaca...

—Ahora no, hija. Lo siento, lo siento mucho, pero no estoy de humor.

Aquello sí que era una novedad. Normalmente el sultán nunca se resistía a oír un buen chiste, sobre todo si era un chiste de vacas.

—Papá, ¿te encuentras bien? —preguntó Lía, asustada—. No habrás vuelto a tener otro de esos sueños de los tuyos...

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Akbar. Y al preguntar, levantó tanto las cejas que casi se le llegaron a esconder por debajo del turbante.

La verdad era que, para Lía, no había resultado muy difícil. Cada vez que el sultán tenía una pesadilla sobre algo demasiado grande o demasiado complicado, al levantarse lo primero que hacía era ponerse el turbante de florecitas. Sentía que aquel turbante le protegía de sus problemas.

—¿Qué ha sido esta vez, papá? —preguntó Lía—. ¿Has soñado con el Gran Océano Turquesa? ¿O con el Altísimo Volcán de Aladín? O con...

—Calla, calla. Ni menciones siquiera esas cosas terribles delante de mí.

—Pero papá, eres el sultán. No puedes tener miedo de un mar que baña tu reino, ni de un volcán que está en tu territorio.

—No es que tenga miedo. Es alergia... Las cosas grandes me provocan ataques de asma, y hacen que casi no pueda respirar.

—No es asma, papá. Es miedo; temor; pánico. Al menos, podrías reconocerlo...

—Bueno, ¿y qué? —El sultán elevó los brazos hacia el cielo, impaciente—. Lo dices como si fuera culpa mía. ¿Es que acaso eso me impide hacer mi trabajo? ¿Es que soy un mal gobernante?

—Claro que no, papá. Yo no he dicho eso...

—Pues sí, hija. Lo soy.

Akbar se cubrió el rostro con las manos y emitió un sollozo tan débil, que casi parecía un susurro. Lía se rascó la cabeza y no supo qué decir. En toda su vida, jamás había visto a su padre tan agobiado.

—Estás exagerando, papá —dijo suavemente.

—No, no estoy exagerando. Me estoy quedando corto... que es lo que siempre me pasa. Este reino es demasiado grande, hija mía, y ocurren muchas cosas en él. Demasiadas cosas... ¡Hay millones de problemas!

—Hombre, eso pasa en todas partes...

—Sí, sí, ya lo sé, pero los gobernantes estamos para solucionar los problemas de la gente, ¿o no es verdad? Y yo podría hacer más de lo que hago para solu-

cionarlos. Esta noche, en mi sueño, se me apareció un genio. Un genio de color verde.

—Verde —murmuró Lía—. Esos son los peores...

—No te creas. En el fondo, tenía razón. Me dijo que, si alguien leyese todos los libros de mi biblioteca, se solucionarían la mayor parte de los problemas de Bahar. Y me amenazó con convertirme en un mandril si no me los leía todos en una sola noche.

—¡No era más que una pesadilla, papá!

El sultán se rascó pensativo el pelo por debajo de su turbante de florecitas.

—De todas formas, el genio estaba enviándome un mensaje. Alguien tiene que leer todos esos libros, Lía. Tenerlos ahí encerrados sin que nadie los aproveche es una barbaridad y un desperdicio. No sé cómo no lo había pensado antes.

—Muy bien, pues ya sabes... ¡Ponte a leer!





—Pero, Lía... ¡Hay diez mil libros en esa biblioteca! Tardaría más de veinte años en leérmelos todos. Y el país no puede esperar tanto tiempo...

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

La minitostada saltó del minitostador con un chasquido. El sultán pegó un brinco, sobresaltado. Luego intentó cogerla y se quemó los dedos.

—¡Ayyyyy! Qué caliente...

—Papá, no te escabullas. —Lía miraba a su padre con el ceño fruncido—. No has contestado a mi pregunta.

El sultán le dio un delicado mordisco a la tostada y masticó un poquito antes de responder.

—Había pensado en repartir los libros entre los habitantes de Bahar, pero son unos cien mil, y solo tengo diez mil libros. Diez mil entre cien mil... No llegan.

—No —dijo Lía, pensativa—. Tocarían a un décimo de libro.

—Necesitamos otra solución...

—¡Ya lo tengo, papá! ¿Por qué no repartes los libros entre todos tus ministros? Así, no tendrás que leerlos todos tú solo.

—Son ocho —dijo Akbar pensativo—. Conmigo, nueve, y contando al visir, seríamos diez. Así que habría que dividir los libros por diez... ¡A cada uno nos tocarían mil libros!

Lía y su padre se miraron.

—Siguen siendo muchos —dijo el sultán.

—Ya, pero los ministros, a su vez, pueden repartir los libros entre sus ayudantes, y estos entre sus empleados... Así se dividirán la tarea y todos podrán leer los libros que les toquen.

—¡Qué buena idea, hija! Voy a ponerla en práctica ahora mismo —comentó el sultán entusiasmado—. Voy a convocar a todos mis ministros en cuanto termine mi desayuno. Pero antes, si me quieres contar el chiste de la vaca...

Lía cerró los ojos para recordar, pero aquella historia del genio y la biblioteca la había desconcentrado por completo, así que tuvo que darse por vencida.

—Lo siento, papá —dijo, encogiéndose de hombros—. ¡Se me ha olvidado!

